



LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

Domingo 34 del tiempo ordinario

Mateo 25, 31-46

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las naciones.

El relato es una evocación del juicio final con un lenguaje profético. Nos habla de la venida del Hijo del Hombre, en gloria, para juzgar. Atribuye a Jesús las funciones de “Juez”, que estaban reservadas al Padre. Cuando se ha sentado en el trono es llamado “Rey”, y los juzgados se dirigen a él como “Señor”. Concentra en pocas palabras los títulos que la Iglesia primitiva da a Cristo resucitado, como expresión de su fe.

Desde esta fe y esta “autoridad” de Jesús, el Señor, la novedad de este acontecimiento son sus participantes: “todas las naciones”. No se hacen diferencias entre «pueblo elegido» y «pueblo pagano». Nada se dice de las diferentes religiones y cultos.

Esta presencia de los paganos, los no judíos, en el acontecimiento final era algo absolutamente impensable en la mentalidad de los judíos contemporáneos de Jesús, que consideraban de antemano que los gentiles estaban excluidos. Culmina así un planteamiento que Mateo ha ido desarrollando a lo largo de su obra: la inclusión de todos en el Reino de Dios instaurado por Jesús.

Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas, de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda.

La separación entre ovejas y cabritos es una imagen que evoca las prácticas pastoriles palestinas, según las cuales los pastores separan a los carneros de las cabras, ya que estas son más frágiles y requieren una mayor protección del frío.

La figura del pastor que separa a las ovejas de las cabras, está tomada del texto de Ezequiel (34,11-12.15-17) que leeremos en la primera lectura. Es importante no olvidar esta, pues sólo así comprenderemos que se trata evidentemente de un juicio entre los explotadores y explotados, entre los que hacen la injusticia y los que la padecen. El Señor saldrá al fin en defensa de los pobres, de los pequeños, de los que sufren, de los perseguidos por su amor a la justicia...

Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me

disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme."

El juicio será según las obras, no según lo que decimos creer y confesar. Así que son las obras las que distinguen y juzgan a los hombres al fin y al cabo, no las palabras ni los rezos. Cualquier otra discriminación o distinción no vale nada y no permanecerá: ni la raza, ni el dinero, ni la cultura, ni los honores..., colocan en verdad a los hombres a la izquierda o a la derecha del Señor.

Pero las obras que pueden salvarnos son siempre obras de amor, porque la ley con la que vamos a ser juzgados se resume en el amor. Podemos traducir hoy las palabras de Jesús:

"Estuve aislado con COVID y me cuidaste aún a riesgo de contagiarte, no tenía para dar de comer a mis hijos porque el bar en que trabajaba cerró y quedé en paro y compartiste tu sueldo conmigo, estaba en el hospital y aunque no podías entrar a verme, me llamabas todos los días, me esperaste a la salida, fui inmigrante sin papeles y me acogiste en tu casa y me empadronaste, anciana e invalida abandonada hasta por mis hijos y me dedicaste tu tiempo y cariño, estuve solo, deprimido y con mucho miedo a contagiarme y me escuchaste, habían violado mis derechos y me ayudaste en las acciones legales ..."

Y así descubrir mejor que al hablar del juicio final, Jesús hace de la compasión el criterio último y decisivo que juzgará nuestras vidas y nuestra identificación con Él. Nos está hablando de algo muy humano que todos entendemos. En estos meses de pandemia, de tantas necesidades de todo tipo: ¿Qué hemos hecho con todos los que viven sufriendo a nuestro lado? ¿A quienes vemos y ayudamos? ¿Ante quienes cerramos los ojos o permanecemos indiferentes? ¿Hemos cuidado a los demás o se nos han ido todas las fuerzas en cuidarnos a nosotros mismos?

Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?" Y el rey les dirá: "Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis."

Nos puede llamar la atención esta pregunta de los llamados "benditos" que expresa su extrañeza cuando oyen que, al ocuparse de un hermano se lo hacían al mismo Cristo. Su pregunta prepara las palabras del Juez sobre la razón de la sentencia: El Hijo del Hombre, Jesús, se hace solidario de aquellos que tienen alguna necesidad de ayuda. "Estos, sus humildes hermanos" no son sólo los miembros de la Iglesia o la comunidad de Cristo, sino que su alcance es universal, como el juicio. Se refiere a



cualquier persona necesitada. Esto significa que la identificación de Cristo con ellos es independiente de su situación subjetiva, de si nos parecen buenos o malos, de si son religiosos o no...

Pero ni siquiera los justos son plenamente conscientes de esta solidaridad hasta el último momento, que será cuando aparezca el sentido pleno de cada una de las obras. Por otro lado, estas acciones de las que aquí se habla no son cosas excepcionales, sino hechos presentes en la vida de todos los días.

Si el amor conduce a Cristo a solidarizarse con cada uno de los hombres, con los pobres, los enfermos, los condenados y encarcelados, los marginados y oprimidos, esto significa que el modo que tiene el creyente de manifestar su amor a Cristo es la solidaridad con el hermano, con toda persona. Y que aquel que actúa con amor y misericordia, del mismo modo es juzgado; mientras que quien no ejerce la misericordia, es juzgado sin misericordia.

El que habla es un Juez que está identificado con todos los pobres y necesitados: *«Cada vez que ayudasteis a uno de estos **mis** pequeños hermanos, lo hicisteis **conmigo**»*. Quienes se han acercado a ayudar a un necesitado, se han acercado a él. Por eso han de estar junto a él en el reino: *«Venid, benditos de mi Padre»*.

Y entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Entonces también éstos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?" Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo."

Esta extrañeza afecta de forma especial a los que se consideraban "religiosos", practicantes de múltiples normas, quizá muy referidas al ámbito sagrado, pero que no han prestado atención a los demás, a los que muchas veces han considerado ateos, inmorales o poco dignos de su atención.

Nos llama la atención sobre la triste posibilidad de perder la vida y el reino de Dios que tienen cuantos en este mundo pretenden amar a Dios y ser cristianos sin amar al prójimo y sin reconocer a Cristo en los pobres y explotados.

«Cada vez que no lo hicisteis con uno de estos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo» es la expresión tajante del juez: el que no ama y explota a sus semejantes, con los que Él se ha identificado, se excluye del reino de Dios.

Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.»



Este es el juicio. El evangelista no nos ha descrito los detalles. Lo que destaca es un doble diálogo que arroja una luz inmensa sobre nuestro presente, y nos abre los ojos para ver que, en definitiva, hay dos maneras de reaccionar ante los que sufren: nos compadecemos y les ayudamos, o nos desentendemos y los abandonamos.

Todos los hombres y mujeres sin excepción seremos juzgados por el mismo criterio. Lo que da un valor imperecedero a la vida no es la condición social, el éxito, el poder o dinero logrado a lo largo de los años. Lo decisivo es el amor práctico y solidario a los necesitados de ayuda, que se hace obras en personas creyentes o no, pero con un corazón que se compadece por los que sufren.

Hoy se nos invita a reflexionar sobre esto, porque nuestra vida se está jugando ahora mismo. No hay que esperar ningún juicio. Ahora nos estamos acercando o alejando de los que sufren. Ahora nos estamos acercando o alejando de Cristo. Ahora estamos decidiendo nuestra vida.

Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

- ✓ ¿Qué sentimientos e ideas surgen en mi al leer este texto? Visualizando la escena, ¿dónde me veo situado/a? ¿Soy consciente de mis “encuentros con Jesús” en los necesitados? ¿En que “hermanos” le suelo descubrir? Pensando en como los atiendo: ¿Qué me diría Jesús? ¿Cuáles son mis dificultades en este campo? ¿Participo y apoyo a Caritas o a otras iniciativas de ayuda a los más débiles?
- ✓ Cómo educadores este texto nos puede ayudar:
 - a. A descubrir que en el colegio hay niños y familias que nos pueden recordar esta presencia de Jesús y nos ofrecen la posibilidad de atenderlos en sus necesidades. ¿Nos damos cuenta? ¿Lo hablamos entre nosotros, los educadores? Os invitamos a aterrizar este evangelio en nuestros equipos docentes y traducirlo a nuestra vida diaria.
 - b. A plantearnos como educamos a nuestros hijos y alumnos, a qué le estamos dando importancia en la práctica:
 - ¿A quién ayudamos? ¿a qué problemas sociales somos sensibles? ¿En qué acciones solidarias les invitamos a participar con nosotros?
 - Tal cómo opinamos al escuchar y comentar determinadas noticias, ¿les ayudará a nuestros hijos o alumnos y en general a los que nos rodean a descubrir a Jesús en los más afectados por la injusticia y pobreza de nuestro mundo?
- ✓ Podemos terminar orando con una de las canciones que os indicamos.
 - a. “Los favoritos de Dios” de Luis Guitarra,
<https://www.youtube.com/watch?v=4KB7IHTNOEU&index=13&list=PLZsLh nj7TYRqe4OLVKmRAIvyKeKcKJL-5>
 - b. “Tuve hambre y me disteis de comer” de Cesáreo Gabaraín http://youtu.be/-Q5CJdW_3Yw

2. En la clase

En este enlace encontrareis sugerencias y abundante material para trabajar este evangelio con los niños de diferentes edades:

<https://docs.google.com/presentation/d/1mWpDJaPc9kmQSjzXF3u5kX9uTQRsHXnjAMuAb83bnOA/edit?usp=sharing>